

constantemente con sátiras más ó menos públicas. Pero cuando comprendieron que Esther señalaba á sus enemigas con agua fuerte, todas guardaron silencio.

Como aquellas líneas llevaban por firma la divisa de la Comedianta, ninguna quiso volver á empezar.

XXIV.

La revancha del Coronel.

Esther, cuya vida corría en medio de la tempestad, como hoy día la de Sarah Bernhardt, que manejaba sus pasiones á su antojo, que se creía de templado acero, y quería gastar diez existencias sin tener más que una, no permitía á sus adoradores que la importunaran con sus sinfonías en *la menor*.

Le gustaban las adoraciones; pero le fastidiaban las lágrimas.

Era menester conformarse con tomar lo que daba, sin pedir nunca más que lo que concedía; no comprendía que una pasión pudiera durar mucho tiempo, ni aun siendo ella la que la inspirara.

Uno de sus más afortunados admiradores; un brillantísimo Coronel del ejército de África, hombre galante y distinguido, se empeñaba en permanecer enamorado á los piés de la joven.

Una noche le dijo ésta, para cortar por lo sano, al mismo tiempo que le presentaba su espada.

—¡Adiós, Coronel! Venga V. á verme cuando sea General.

Esto no era lo que quería el Coronel, que se creía en las primeras auroras de la luna de miel; no había dado nada, porque ella nada había querido.

Esther no vendía su corazón.

Se imaginó, sin embargo, pensó que quizás ganaría algunos días más con alguna prodigalidad bien entendida.

Recorrió Inglaterra, y volvió con dos magníficos caballos, que, enganchados á una berlina de Erler, los hizo conducir á la puerta de Esther por un cochero irreprochable. Justamente, al parar en la puerta, bajaba la Comedianta para ir á un ensayo.

—¡Ah! ¿Es V., Coronel? Le creía á V. en África.

—No; he estado en Inglaterra, de donde le he traído á V. esos caballos.

—¡Oh! Son muy bonitos.

Un coche de alquiler esperaba á Esther; pero, como era natural, subió á la berlina. Después tendió la mano al Coronel en el momento en que este se disponía también á subir á su carruaje.

Este pronombre posesivo se aplica á Esther, y no al Coronel.

Al mismo tiempo le dijo con aire decidido:

—¡Gracias! ¡Adiós!

Esto fué todo; los caballos partieron hacia el Teatro Francés: el Coronel se quedó un tanto sorprendido; pero luego, como hombre de chispa que era, gritó á la joven:

—¡Adiós! Me voy en el de alquiler.

Aquel hombre, que se había portado como un héroe con el duque de Orleans y con el de Anjou en las campañas de África, se echó á llorar como un niño, no por sus caballos, sino por Esther, á quien adoraba. La palabra *adiós* le había llegado al alma.

No desesperaba, sin embargo, de recibir después del ensayo algún billetito invitándole á cenar con ella una vez más. Pero nada: un silencio sepulcral. Sufrió las mil muertes de la pasión no correspondida, pero cuidando de ocultar las heridas de su corazón, porque tenía el suficiente talento para no dar un espectáculo.

Yo fui su solo confidente; me pidió un consejo; quería escribir á la trágica.

—¡Jamás! ¡Jamás! — le dije yo.

Al día siguiente le ofrecí llevarle á comer con ella como por casualidad, porque habría en su casa otros convidados.

—¡Jamás! ¡Jamás! — me respondió á su vez.

Había vuelto á recuperar su energía, y quería alcanzar una victoria sobre sí mismo.

No se le volvió á ver nunca en su butaca de orquesta, que no ocupaba nadie.

Esther me dijo un día:

—El Coronel se burla de mí; paga su abono, y me hace la ofensa de no venir.

—Sin duda (le contesté yo con aire distraído) irá á algún otro teatro donde representa cualquiera de las amigas de V.

Pero la Comedianta no mordía esta clase de anzuelos, porque no tenía tiempo para ser celosa. Solía decir: «Esther no tiene celos más que de Esther.»

Un mes después se encontraba en Londres rodeada de todos los triunfos que podía alcanzar como mujer y como artista: yo estaba allí también.

Llegó una noche el Coronel, durante una representación de Fedra; le vió entrar desde la escena; en seguida le escribió estas palabras:

«Le espero á V..... Te espero....»

El Coronel reconoció á Rosa, su discreta mensajera.

Prometió ir á verla al escenario ó á su cuarto.

Al tercer acto, y en cuanto desapareció de la escena Esther, se dirigió á verla.

—¡Ah! ¡gracias á Dios! ¿Sabe mi Hipólito por qué he trabajado tan bien? Porque estaba V. allí.

La trágica saltó al cuello del Coronel: éste no esquivó sus brazos, pero no participó de

aquella efusión, acogiéndola con una flema puramente británica.

—¡Lo que es el aire del Támesis! Me ha helado V. como si fuera una niebla; pero dentro de un momento espero irá V. á tomar el te á mi casa.

El Coronel se defendió. Dijo que le esperaban, y que salía para París antes de amanecer.

—¡Tanto peor! Le condeno á V. á ir á mi casa, en donde estaremos solos los dos.

No había mujer tan encantadora como Esther cuando entraba en amorosa campaña.

El Coronel, después de haberse resistido, prometió acudir á la cita.

Á media noche la Comedianta, después de haber tomado el abanico de Celimena, esperaba sobre su canapé al soldado de África.

Se sorprendía de tener que esperar.

Á las doce y media apareció al fin, pero con la misma británica flema. En vano le habló como en otros buenos tiempos; le dijo mil cosas á cual más encantadoras; pasó del ingenio al sentimiento, y de éste á la pasión. El Coronel parecía no comprender una palabra. Una hora transcurrió en esta gran batalla, en donde Esther tuvo su Waterloo, no comprendiendo aquella rebeldía.

Al cabo de diez minutos el Coronel tomó su sombrero.

Ella lo arrojó al fuego; pero el Coronel permaneció impassible.

—¡ Adiós, pues ! (murmuró al fin, impaciente.) Comprendo que le esperan á V.

—¿ Esperarme á mí ? Nada de eso.

Y era la verdad.

Me encontré al Coronel al siguiente día, y no se reservó para referirme lo ocurrido.

—¿ Y la moraleja ? (le pregunté yo) : no la comprendo muy bien.

—La moraleja es muy sencilla; he tomado mi revancha. Ayer estaba todavía perdidamente enamorado de ella; hoy casi puedo afirmar que no la amo. He recuperado mi corazón y mi razón. He aquí por qué dijo Alejandro el Grande que era poco ganar una batalla, si no sabía uno vencerse á sí mismo.

XXV.

Las sorpresas del corazón.

Esther no se contentaba con prolongar las *sorpresas del amor*, de Marivaux; su mayor placer consistía en preparar las sorpresas del corazón. Lili había sido contratada en el Teatro Francés, no solamente porque era la hermana de Esther, sino porque estaba dotada de un verdadero genio escénico. Si ella tenía menos fuerza que la gran Comedianta, tenía, en cambio, más sentimiento. Se apoderaba menos del espíritu, pero llegaba más al corazón. Cuando Esther hacía Fedra, presentaba el gran espectáculo de las figuras de Eschylo; pero Lili representaba Aricia con un rostro lleno de amor. Su verdadero triunfo fué en el papel de Catalina de Braganza, creado por Víctor Hugo. Aquel día se realizó aún el famoso duelo de la esposa y la querida del tirano. Hicieron recordar los triunfos de Mars y de Dorval. Y, sin embargo, ni la una ni la otra habían estudiado en esa grave escuela. Fué una verdadera fiesta para los pari-